

derrotado y perdió la vida en la refriega. El Libro de los Reyes (2, 23, 29 y 30) solo dice sobre el desgraciado fin de este rey, que no tuvo su igual ni antes ni despues. *En sus días el Faraon Neco, rey de Egipto, subió contra el rey de Asiria al río Eufrates; y salió contra él el rey Josías, pero aquel, así que le vió, matólo en Megiddo. Y sus siervos lo pusieron en un carro, y trajéronlo muerto de Megiddo á Jerusalem, y sepultáronle en su sepulcro.* También Herodoto (2, 159) refiere concisamente que Neco derrotó á «los sirios» cerca de Magdolos, conquistando luego la ciudad de Kadytis (¿Gaza?).

#### IV. Jeremías y fin del reino de Judá.

Fué general el luto en Jerusalem por la pérdida del rey querido. Jeremías procura contener al pueblo en sus lamentaciones, señalándole la peor suerte que aguarda á su sucesor: *No lloréis al muerto, ni de él os lamentéis* (22, 10). Pero así que el pueblo apartó su atención de este primer aspecto de la catástrofe nacional, debió de juzgarla en toda su magnitud; y tanto mas difícil habia de ser para la nación conformarse con ella, cuanto que forzosamente llevaba consigo un quebrantamiento de la fe religiosa.

El ataque de Josías contra Neco fué una temeridad, que solo se explica por la corriente religiosa de la época, y en la cual no se habria incurrido si se hubiese considerado friamente el asunto desde el punto de vista político. Pero precisamente por lo mismo, debió de ser muy grande el efecto producido por la derrota en el sentimiento religioso. Josías, fiando en el auxilio de Jehova, cuya ley habia aceptado por medio de la reforma, habia entrado en campaña para defender la Tierra Santa contra un enemigo mas poderoso. Jehova estaba, por lo mismo, obligado en su concepto á prestarle su auxilio en esta empresa. La derrota, pues, que habia sufrido Josías, era una dolorosísima prueba que desvirtuaba las suposiciones en que estaba basada la reforma. Habíase procurado transformar el Estado, que segun la predicación profética estaba contaminado del pecado, en un reino de Jehova, y precisamente entonces, cuando por primera vez, fiando en su protección, se emprendia valientemente una importante campaña, el resultado era una vergonzosa derrota.

Tamaño desgracia no habia sufrido jamás la nación en la época del sincretismo, de Manasés, de Amon y en la primera parte del reinado de Josías, tiempos que se le habian enseñado á considerar como del pecado. ¿Cómo era posible que se conformara el pueblo con que estas generaciones hubiesen vivido dichosas y en paz dentro del pecado, mientras que la presente, á pesar de toda su solicitud por la ley de Dios, se veía tan duramente castigada? ¿No debía deducirse de aquí que Jehova era impotente para vencer á los dioses de los egipcios, ó que, contra toda equidad, habia permitido que sucumbiera su pueblo? Si lo primero, la consecuencia natural era volver á los cultos exóticos, suprimidos por la reforma. Ya que invocando á Jehova como señor único, no se habia conseguido mas que una derrota, debía acudir de nuevo á otros dioses, evidentemente mas poderosos, prescindiendo por completo de aquel ó asociándole á estos. De las pláticas de los profetas se desprende que, de la propia suerte que un muñón de árbol vuelve á brotar bajo el estímulo de favorable temperatura, así despues de la batalla de Megiddo fueron muchos los nuevos adeptos de los cultos gentílicos que salieron de las guaridas en que habian persistido en celebrarlos á pesar de la reforma de Josías, y se presentaron entonces sin rebozo. Por desgracia, solo se hace mención casual de estas manifestaciones, sin que tengamos noticias históricas positivas acerca de su extensión. Pero la confianza en Jehova de aquellos cuyos ánimos se inclinaban á la idea de que si bien

Jehova era bastante poderoso para proteger á su pueblo, no habia querido salvarlo aquella vez, era fácil de quebrantarse, y acaso fué entonces cuando nació la expresión proverbial de menguada resignación que vemos así en el libro de Jeremías (31, 29), como en el de Ezequiel (18, 2): *Los padres comieron las uvas agraças, y los dientes de los hijos tienen la dentera.* Es posible también que se volviera entonces al antiguo concepto de Jehova, que lo representaba como un poder sobrehumano, humanamente incommensurable é insondable; y en este caso, era preciso buscar el medio de librarse de su cólera. Pero á su cólera podia también suceder, no menos inmutivamente, una manifestación de gracia. Los destinos de su pueblo podían, pues, tomar un curso mas favorable de un momento á otro, y ante tales juicios pasaba inadvertida la gravedad real de la situación.

Habia aun otra consideración que pudiera igualmente conducir á deducciones tan funestas en aquellos momentos. Cerrando los ojos á las enseñanzas de la historia, aceptábase quizá aquella desgracia como una prueba divina, tras la cual era seguro el triunfo de la causa de Jehova y de su pueblo. Aun tenia Jehova su morada en Sion, y Jerusalem no habia sido conquistada todavía. ¿No era de esperar que se mostrara aun mas terrible que en 701 con sus enemigos, si estos se atrevían á atacar su ciudad, cuando su nombre no era ya profanado en su santuario? Esta manera de juzgar la situación, sin desesperar en la desgracia y contra toda probabilidad, podia hasta parecer la mas ortodoxa. Con efecto, á ella se adhirieron los sacerdotes del templo y la masa de los profetas. En estos va desapareciendo, al propio tiempo, cada vez mas la idea principal de la profecía desde Amós, de que Jehova es un dios justo. Heridos en sus sentimientos religiosos, no pueden conformarse con las desgracias nacionales. Considerando cada una de estas como una ofensa hecha á Jehova, se arraiga cada día mas en ellos la convicción de que es inminente la venganza de Jehova sobre sus enemigos y el triunfo de su pueblo; pero no ven que no se puede lograr este resultado sino mediante la regeneración moral de Israel. En sus predicaciones no hay exhortación á la penitencia, ni concepto exacto de la esencia de Jehova y de sus juicios. Así, á medida que confunden mas y mas á Israel y Jehova, van retrocediendo al punto de vista religioso de la época preprofética; y poco á poco ganan á favor de este punto de vista la opinión del pueblo y de un numeroso partido en la corte. Son los representantes de las ideas nacionales. Ellos son los que impiden que las nuevas calamidades nacionales, que entonces se suceden rápidamente, produzcan la debida impresión y sirvan de saludable aviso; por el contrario, se hacen mas fanáticos y violentos cuanto mas la evidencia contradice sus profecías, y ellos son los que en último término arrastran el Estado á la ruina.

En medio de los que, por un lado, desesperan de Jehova y de los que, por el otro, en ofuscación fanática persiguen una engañosa visión, la profecía da su última advertencia por boca de Jeremías y de los discípulos y adeptos de éste. Jeremías sabe interpretar las señales de los tiempos, y deducir de los sucesos la debida enseñanza para el porvenir; á la falsa confianza en Dios, opone de nuevo las antiguas condiciones de la profecía, cuyo cumplimiento es indispensable para lograr el auxilio de Jehova. Con mayor insistencia que nunca se oye otra vez la exhortación profética á la penitencia, y la terminante predicción de que si no se atiende el consejo, es inevitable la ruina del Estado. Pero la masa del pueblo, á cada nuevo golpe de la desgracia se aferra con mayor tenacidad á la esperanza de que están próximos otros tiempos mejores. La significación de Jeremías consiste en que con su predicación rompe la armonía entre la profecía y

el sentimiento nacional, de que era expresión la reforma del año 621. El antiguo antagonismo entre la profecía y la opinión popular vuelve á presentarse con mayor fuerza que nunca en la lucha que Jeremías sostiene con los profetas que le son contrarios, con los reyes, los sacerdotes y el pueblo. Todos ellos le combaten, y hay momentos en que tiene que enmudecer su predicación; lo cual no es de extrañar, pues que exige de su pueblo que, para evitar la ruina segura, acepte voluntariamente la dominación extranjera y renuncie á la independencia nacional, é impone á todos, respecto del culto y de las costumbres, las severas prescripciones morales de los primeros profetas. Por eso el pueblo ni le escucha ni le entiende; sacerdotes y profetas le odian y le persiguen, y entre los funcionarios reales muy pocos le son benévolos.

Así tuvieron los sucesos tan rápido desarrollo. Sobre ellos el libro de Jeremías es para nosotros una fuente copiosa y de singular importancia, como también el de Ezequiel, del cual trataremos mas adelante, mientras que el de los Reyes solo nos proporciona noticias muy parcas y además en parte inexactas.

Durante algun tiempo despues de la batalla de Megiddo, pudo parecer como que Neco no pensaba en molestar al pequeño reino que habia tenido el atrevimiento de intentar entorpecer sus planes, dándose por satisfecho con el castigo que le habia infligido junto al torrente de Kischon. El ejército que habia regresado á Jerusalem de aquella desgraciada campaña, proclamó rey á Joacaz, hijo de Josías, y por cierto, si las cifras del Libro de los Reyes son exactas, postergando á su hermano mayor Eliacin (1). No debía reinar sino tres meses. Véase lo que dice 2. Reyes, 23, 33: *Y el Faraon Neco le envió preso á Ribla, en la provincia de Atamat, reinando él en Jerusalem; é impuso sobre la tierra una multa de cien talentos de plata y uno de oro.* Habia, pues, Neco proseguido su marcha, estableciendo su cuartel general en la pequeña ciudad de Ribla, situada entre el Líbano y el Antilíbano. Si Joacaz se trasladó allí voluntariamente para hacerse garantir su trono, ú obediendo órdenes recibidas, no nos lo dice el redactor del libro, como tampoco en qué funda su aserto de que Joacaz habia hecho *lo malo á los ojos de Jehova, conforme á todas las cosas que sus padres habian hecho.* Es esta una de las tantas incoherencias del Libro de los Reyes; parécenos que entre los padres de Joacaz debemos contar también al suyo propio, Josías.

En lugar de Joacaz puso Neco por rey á Eliacin, cambiándole este nombre por el de Joaquin. Motivo de este cambio pudo ser el evidenciar por este modo que el nuevo rey era hechura del Faraon egipcio. Pero no se explica entonces que al antiguo nombre del rey se sustituya otro que solo se diferencia de aquel en contener el del dios nacional. Parecería, pues, que con este cambio se quiso significar también acatamiento al dios nacional Jehova. Y esto se explica, considerando que el partido de los que confiaban en el auxilio de Jehova procura en las décadas subsiguientes declararse independiente de Babilonia con la ayuda de Egipto. Es evidente que hubo entonces inteligencia entre el partido nacional, de los adoradores de Jehova segun las ideas del Deuteronomio, y la política egipcia. Valerse del apoyo del Egipto para deshacerse de los asirios era propósito constante de los judaítas hacia ya cerca de un siglo. El nombre de Eliacin encierra acaso todavía un resto del sincretismo que dominó en los primeros tiempos de Josías, pues no hemos de interpretar el

(1) Segun 2 Reyes, 23, 31, Joacaz sube al trono teniendo 23 años de edad, y tres meses despues Eliacin, segun v. 36, á los 25 años. Por otra parte, segun 22. 1, Josías reinó 31 años, habiendo sido llamado á ocupar el trono cuando solo tenia ocho de edad, de modo que debió ser padre de Eliacin á los 13.

*El* como alusivo al dios israelita Jehova; y de ahí que este nombre fuera sustituido á la sazón por el de Joaquin, que tenia carácter mas nacional.

Joacaz fué deportado á Egipto, donde murió, sin que sepamos cuándo. Ezequiel, en su endecha sobre los príncipes de Israel, hace alusión á Joacaz en estos términos (19, 3 y 4): *Y crió ella uno de sus cachorros: vino á ser leoncillo, y aprendió á hacer presa, y á devorar hombres. Y las gentes se concertaron para atacarle: fué tomado con el lazo de ellas, y lleváronlo con grillos á la tierra de Egipto.* Segun esto, parece que Joacaz sobrevivió á la caída de Jerusalem.

Joaquin reunió la contribución impuesta al país por los egipcios, repartiéndola entre los propietarios territoriales. Esto debió de hacer desde luego poco simpático su gobierno. Mas parece que otras fueron las causas principales que malquistaron á Joaquin con sus súbditos; Jeremías nos lo describe como aficionado á edificar, y le censura que con este motivo abrumara con prestaciones al pueblo y solo pensara en proporcionarse por medios violentos y arbitrarios los recursos para satisfacer esta pasión. Así quiso el destino que el Estado de Judá, en los momentos en que se decidía de su suerte, cayese en manos de un déspota oriental de la peor especie, sin aspiración alguna elevada y careciendo de toda sagacidad.

Cuán inferior era Joaquin á lo que exigía la situación, se evidencia desde luego en la manera brutal que tuvo de combatir, porque le molestaba en sus propósitos, la nueva tendencia que durante su reinado se manifiesta vigorosa en la profecía. Y sin embargo, solo la profecía sabe apreciar exactamente así la situación religiosa, como la política. Para nosotros, este cambio en las ideas proféticas está íntimamente relacionado, como ya expusimos antes, con Jeremías, pues que no poseemos escritos de otros profetas de aquella época. Sus pláticas nos trazan un cuadro por demás expresivo de la situación que imperaba entonces en Judá.

Una vez pagada la contribución por Joaquin, se restablece la tranquilidad en el país. Apenas se nota la influencia de los egipcios y los efectos del vasallaje para con ellos. Su ejército ha marchado, en dirección al Este, hácia el Eufrates; las provincias transeufráticas de los asirios parecen ganadas á favor del Egipto; ha desaparecido la presión que el imperio asirio habia ejercido durante mas de un siglo sobre Judá y Jerusalem, y este imperio se encuentra en la mas espantosa descomposición. Con la vuelta de una situación mas ordenada renace en Jerusalem la antigua confianza en la protección dispensada por Jehova á su ciudad. La tormenta no habia hecho mas que pasar esta vez, sin causar grandes daños. Muchos profetas anuncian al pueblo que seguiría viviendo perdurablemente bajo el amparo de Jehova. Quizá se abrigaba la esperanza de que con la ruina del imperio asirio vendría también la destrucción de los demás enemigos.

Mas los profetas Jeremías y Urías de Cariathiarim predicen, por el contrario, desgracias al pueblo, que vive tan confiado, y anuncian la ruina á la ciudad de Jehova. Es muy poco lo que respecto de Urías nos refiere Jeremías; en cambio el contenido de la plática de éste consta dos veces en su libro (2).

(2) La primera formando parte de una extensa exposición profética, que alcanza desde 7, 1 hasta 16, 8; y la otra en forma muy concisa en el cap. 26. Esta duplicación se explica por la manera en que fué formado el libro, segun expusimos antes. El cap. 7, 1 y siguientes, ha debido de sufrir grandes reformas. De las varias intercalaciones solo se ha reconocido hasta ahora la mas evidente, 9, 22-10, 16; pero deben ser condenadas también como tales 8, 10-12; 10, 23-25; 11, 15-12, 6; 12, 14-17; 14, 7-10; 15, 10-12; 16, 14; 15, 1 y probablemente también 15, 15-19 y 14, 19-22. El pasaje 36, 32, nos explica por qué tiene tal extensión la plática, pronunciada entonces en el templo, en cap. 7, 1-16, 8, que procede seguramente del segundo rollo mas extenso de que se hace

Como se indica en los versículos de introducción, Jeremías recibe orden de presentarse en el átrio del templo, en ocasión de celebrarse una gran festividad, y anunciar á los judaitas reunidos allí que Jehova no les permitiría continuar morando en aquel lugar si no mejoran sus caminos y sus obras. No debían fiarse en las palabras de mentira: *Templo de Jehova, Templo de Jehova, Templo de Jehova es éste*. Si no cesan en sus prevaricaciones de la justicia, en su opresión de los desamparados y en derramar la sangre inocente, Jehova asolará á Jerusalen y el templo, como lo hizo en otro tiempo con Silo, donde por primera vez se reveló al pueblo de Israel. Estas palabras conminatorias suscitaron una tempestad de indignación entre el pueblo reunido en el átrio del templo, y muy particularmente entre los sacerdotes y los profetas (1). La muchedumbre se lanza contra Jeremías y le amenaza de muerte. El tumulto es notado desde el palacio, y los funcionarios reales allí presentes se trasladan inmediatamente al templo para restablecer el orden. Así que se han enterado de la causa del conflicto, se constituyen en tribunal en la puerta nueva para decidir el caso. Los sacerdotes y los profetas presentan la acusación contra Jeremías, exponiendo que merece la pena de muerte por la profecía hecha ante los allí reunidos contra la ciudad y el templo. Jeremías contesta en su defensa: *Jehova me envió á que profetizase contra este templo y contra esta ciudad todas las palabras que habeis oido. Y ahora mejorad vuestros caminos y vuestras obras, y oid la voz de Jehova, vuestro Dios; y arrepentirásé Jehova del mal que ha hablado contra vosotros. En lo que á mí toca, aquí estoy en vuestras manos; haced de mí como mejor y mas recto os pareciere. Mas sabed de cierto, que si me matareis, sangre inocente echareis sobre vosotros, y sobre esta ciudad, y sobre sus moradores: porque en verdad Jehova me envió á vosotros para que dijese todas estas palabras en vuestros oídos*. Los funcionarios reales hallaron convincente la defensa de Jeremías, alegando que no había hecho sino cumplir un mandato de Jehova, y le absolvieron. Esto produce un cambio en las disposiciones del pueblo, que poco antes había amenazado de muerte á Jeremías. Levántanse algunos de los ancianos del pueblo y recuerdan á la asamblea, citando el pasaje de Miqueas, 3, 12, que ya este profeta había predicho cosa parecida, sin que por eso le exigiera Ezequías responsabilidad alguna. Por lo tanto, tampoco quieren ellos cometer el pecado de poner sus manos en el profeta.

Jeremías nos da á entender que tan feliz desenlace fué debido á la protección que le dispensaba Ahicam, hijo de Saphan, y nos refiere la triste suerte del ya citado profeta Urías de Cariathiarim. Por haber hecho Urías iguales manifestaciones que Jeremías, fué condenado á muerte por Joaquin, y si bien logró huir á Egipto, el rey no descansó hasta conseguir que le fuese entregado, mandándole ajusticiar y arrojar su cadáver en la fosa comun.

Si bien la decisión de los altos funcionarios palatinos salvó la vida á Jeremías, no por eso amenguó la animosidad de los sacerdotes y los profetas contra él; y como no cejara en lo sucesivo en las públicas manifestaciones de la verdad por él

mencion allí. Sin embargo, dada la situación, es evidente que el capítulo 26 reproduce mejor las palabras dichas por Jeremías en aquella ocasión. En esta extensa profecía anuncia Jeremías, en forma viva y enérgica, el fin del Estado judaíta, que ninguna intercesión profética puede ya evitar. Como este fin es considerado por él, así como por sus contemporáneos, como una muerte, emplea para describirlo, como ya lo habían hecho profetas anteriores (véase Amós, 5, 2), el ritmo de la endecha fúnebre.

(1) Del efecto producido por tal predicación se desprende que era aquella la primera vez que Jeremías manifestaba públicamente semejantes ideas.

reconocida, hubo de sufrir muchas contrariedades y afrentas. El odio que le suscitaba su proclamación de la inminente ruina del Estado y de la ciudad, fué acaso lo que le impulsó en el 4.º año del reinado de Joaquin, á dictar á su escriba Baruch los discursos que hasta entonces había pronunciado: *Toma un rollo de libro—así le ordena Jehova, según 36, 2 y 3—y escribe en él todas las palabras que te he hablado contra Israel y contra Judá. Quizá oirá la casa de Judá todo el mal que yo pienso hacerles, para volverse cada uno de su mal camino; y yo perdonaré su maldad y su pecado*. En lugar de Jeremías, que no puede entrar en el templo, lee Baruch en la cámara de Gamarías, hijo de Eleías, y ante el pueblo reunido en el templo, en día de ayuno, las palabras dichas por Jeremías en la casa de Jehova. Esto acontecía en el año 5.º de Joaquin, si hay exactitud en la primera parte de 36, 9 (2). Allí estaba también Miqueas, hijo de Gamarías, oyendo lo que leía Baruch, y se dirige á la cámara del secretario Elisama, en el palacio real, comunicando á los funcionarios allí presentes lo que pasaba en el templo. Estos llaman á Baruch con su rollo escrito y se lo hacen leer. Su contenido les causa espanto, y consideran tan grave el caso, que creen deber comunicárselo al rey. Así lo hacen, dando antes á Baruch el prudente consejo de mantenerse oculto. El rey manda que le sea leído el libro. Mas así que oye los tres ó cuatro primeros versos, se enfurece y rasga el rollo con un cuchillo de escribanía (3), arrojándolo al fuego del brasero que tiene delante, sin atender á las súplicas de sus servidores, asustados ante semejante proceder. Joaquin da entonces orden para que sean presos Jeremías y Baruch, *mas Jehova les escondió*. Jeremías aprovecha el ócio á que se ve forzado para hacer escribir á Baruch, en otro rollo, una edición aumentada de las predicciones consumidas por el fuego. En castigo de haber quemado el primer rollo, predice á Joaquin que no tendrá sucesor en el trono de David y que *su cuerpo será echado al calor del día y al hielo de la noche*, esto es, que perecerá en la guerra y no tendrá honrosa sepultura. Con mayor dureza aun expresa esto mismo Jeremías en la oración conminatoria, en ritmo de endecha fúnebre, que aparece en el cap. 22, 13-19, en cuyo final profetiza al rey *sepultura de asno*. En vida de Joaquin, parece que ya no volvió Jeremías á profetizar públicamente; á lo menos en su libro no se encuentra indicio seguro alguno de ello.

En el mismo año en que Jeremías escribió su rollo, había producido un cambio completo en la situación política. En el año 604, Nabucodonosor de Babilonia causó una sangrienta derrota á Neco en Karkemis, á orillas del Eufrates. Los egipcios perdieron las conquistas que habían hecho en la Siria, y los ejércitos babilónicos avanzaron hácia el Occidente. Acaso obedecía á estos sucesos la celebración, en el invierno, de aquel día de ayuno en el cual leyó Baruch su rollo en el templo. En este rollo se decía que Jehova llamaría á todas las gentes del Norte contra Judá y sus ciudades, ó sea que haría ejecutar por los vencedores de Karkemis el castigo profetizado á su pueblo (1, 15 y siguientes; 4, 5 y siguientes (4); 25, 9) (5). Esta predicción, de que el rey de Babilonia había de devastar el país, sería probablemente lo que encendiera la cólera del rey Joaquin (36, 29). Predicción que por lo demás parecía en los primeros tiempos que no había de cumplirse, pues, por lo que sabemos, solo en el

(2) Es evidentemente adición posterior, pues que empieza á contar el año en la primavera y coloca en el 9.º mes el hecho que acaeció en el invierno.

(3) Con el que se cortaba la caña que servía para escribir.

(4) Jeremías espera que Nabucodonosor realizará lo predicho anteriormente de los escitas.

(5) Contiene muchas interpolaciones en su forma actual.

año 600 se presentaron en Judá los ejércitos babilónicos, sometiéndose á ellos Joaquin sin intentar resistencia alguna.

Mas el Egipto no se dió todavía por vencido. Como ya lo había hecho antes, procuró también esta vez levantar los Estados palestinos contra sus rivales en el Asia, y logró ganar á Judá nuevamente á su favor. A los tres años de su sumisión, Joaquin había ya negado la obediencia á Nabucodonosor.

Ezequías, en situación parecida, se había encontrado al frente de una coalición de los pequeños Estados palestinos; pero Joaquin estaba solo. Los pueblos que le rodean permanecen fieles á los babilonios; si por sagacidad política, ó por enemistad hácia Judá, no podemos decirlo, siendo, por lo demás, cierto que en las décadas subsiguientes manifiestan disposiciones poco favorables á Judá. Acaso fuera esto efecto de las pretensiones reveladas con la promulgación de la reforma de Josías. Sin embargo, tales antipatías no suelen excluir una mancomunada acción política, y con efecto, después se procuró ejercerla. Mas á la sazón, combinados con cuerpos de ejército babilónicos, compuestos probablemente de las guarniciones existentes en la Siria, penetran en Judá contingentes y partidas merodeadoras de estos pueblos, sirios, moabitas y amonitas, que han permanecido fieles á los babilonios, y logran encerrar á Joaquin en Jerusalen, ahuyentando de la Siria á las tropas de socorro enviadas desde Egipto. Porque, ó hemos de admitir que el redactor del Libro de los Reyes prescinde de toda cronología en su exposición, ó solo se puede explicar así que termine el trozo referente á Joaquin con estas palabras: *Y nunca mas el rey de Egipto salió de su tierra; porque el rey de Babilonia le tomó todo lo que era suyo desde el río de Egipto hasta el río Eufrates*.

Quedó, pues, Judá abandonada á su suerte, la cual muy pronto se cumplió, habiendo decidido Nabucodonosor acabar de una vez con la tenaz rebeldía del pueblo judaíta. Mas el castigo no cogió en vida á Joaquin. Desmintiendo la predicción de Jeremías, tuvo una muerte tranquila y fué sepultado al lado de sus padres en el huerto de Oza (1). Sucedióle en el trono su hijo Joachin, de 18 años de edad (2). Poco después logra el ejército babilónico rodear á Jerusalen, y procede á su asedio á las órdenes del propio Nabucodonosor, que acude allí al efecto. Joachin reconoce que es inútil toda resistencia, y después de un breve reinado de tres meses, se entrega incondicionalmente á Nabucodonosor, el cual, para acabar de una vez con las rebeliones del pueblo judaíta, decide quebrantarlo para siempre. Son transportados, pues, á Babilonia no solo el rey, con su corte y altos empleados, sino también toda la clase de los propietarios territoriales, que constituye la fuerza militar del Estado, y los artesanos. Allí

(1) El Libro de los Reyes dice tan solo que *durmió con sus padres*. Parecería así que había muerto tranquilamente en Jerusalen, sin que se cumpliera la cruel profecía de Jeremías. Como no se hace la acostumbrada indicación del lugar en que fué sepultado, háse querido interpretar esta omisión como señal de que, efectivamente, no había recibido honrosa sepultura, conforme á lo predicho por Jeremías, pereciendo en un combate con los enemigos que habían invadido el país y siendo abandonado en el campo de batalla por los judaitas fugitivos. Mas en 2. Crónicas, 36, 8, en cuyo texto hebreo no se hace mención alguna de la muerte de Joaquin, se lee, en la versión de los LXX: *Y durmió con sus padres y fué sepultado en el huerto de Oza*. Hemos, pues, de admitir que el traductor de esta última debió de encontrar esta frase en el texto hebreo, y por lo mismo también que el redactor de las Crónicas debió leerla en su fuente, el Libro de los Reyes, siendo así evidente que hubo de tacharse en el texto hebreo de este último libro la indicación del lugar de la sepultura, y en el de las Crónicas, no solo este dato, sino hasta la simple mención de la muerte de Joaquin; todo esto para concordar con la predicción de Jeremías, de cuyo cumplimiento no se puede dudar, según las suposiciones teológicas del judaísmo posterior.

(2) Llamado también Jeconías, ó por abreviatura Honías.

HISTORIA DE ISRAEL

se les fija su morada á orillas del río Kebar, según nos dice Ezequiel, que fué uno de los deportados y cuya presencia entre ellos nos demuestra, á la par que algunas indicaciones de Jeremías, que no fueron solo las clases mencionadas en el Libro de los Reyes, las transportadas á Babilonia. Son marcada prueba de lo deficiente de la descripción histórica judaíta los informes parcos y poco exactos que ha dejado á la posteridad sobre tamaña desgracia nacional, con que se inició la desmembración del Estado: ni siquiera poseemos datos suficientes acerca del número de los deportados (3). Según el Libro de los Reyes fueron transportados, además de los individuos que componían la corte, 8,000 hombres, ó sean 7,000 propietarios y 1,000 artesanos. Mas no es posible calcular el número de deudos que les acompañarían en el cautiverio, ya que no sabemos el cómputo medio de una familia israelita, y además por algunas indicaciones de Ezequiel como 24, 21, debemos deducir que parte de las familias de los deportados debió de permanecer en Jerusalen. Fuera de estos individuos de las tales familias, Nabucodonosor no dejó en Judá sino á la parte del pueblo que no poseía fincas, y ésta ocupó entonces la posición y la propiedad de los deportados. Muchos de los objetos pertenecientes al culto que existían en el templo fueron llevados como botín de guerra á Babilonia (4). En lugar de Joachin (Jeconías), cuya triste suerte le granjeó la general simpatía de su pueblo (5), fué puesto en el trono como vasallo babilónico, Mathanías, hijo menor de Josías y hermano del desventurado Joacaz (6), recibiendo, como rey, el nombre de Sedecías.

Fué una elección muy desgraciada. Las dificultades de la situación requerían un gobernante de dotes excepcionales. La deportación del rey y el despojo de los objetos sagrados habían causado profunda herida en el sentimiento nacional, sin que por eso sintiese el pueblo realmente quebrantada su fuerza. Los destinos públicos habían caído en manos nuevas y no acostumbradas á gobernar. Solo un príncipe enérgico, que hubiese tenido la resolución suficiente para llevar á cabo lo que la buena política aconsejaba, aun siendo contrario á las aspiraciones nacionales, y para restablecer el orden y la moralidad en el interior, habría logrado vencer aquellas dificultades, sacando á flote el Estado. Conseguido esto, todavía quedaba porvenir al pueblo. Habría sido una existencia tranquila y pacífica, si bien bajo la suprema soberanía babilónica, y reconstituido el Estado, recobrando nuevas fuerzas. Su propia exigüidad no le habría permitido ciertamente representar un papel político independiente; pero, como Estado vasallo, pudiera muy bien haber sobrevivido al período babilónico, como había sobrevivido al asirio. Acostumbrar el pueblo á la obediencia al señor soberano y reconstituir las fuerzas del Estado era, por lo mismo, la misión que se imponía á un gobernante dotado de sagacidad política. Mas Sedecías no estaba en modo alguno á la altura

(3) En la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1884, páginas 271 y siguientes, se ha procurado demostrar que 2. Reyes, 24, 13-14 no se refieren á la deportación del año 597, sino á la de 586. Son una torpe intercalación, pues es evidente que á 24, 12, debe seguir inmediatamente 24, 15. Solo los v. 15 y 16 contienen datos sobre la deportación de Jeconías en el año 597.

(4) Jer., 27, 18-20; 28, 3.

(5) Así á lo menos se desprende de Lament., 4, 20, y Ezeq., 17, 22 y siguientes. Por lo demás, parecemos muy ociosa la controversia de si Joachin fué ó no fué rey querido de sus súbditos, dado su brevísimo reinado. Naturalmente no se ha de tomar en cuenta para tal juicio el pasaje 2. Reyes, 24, 9, pues que éste solo hace referencia á las condiciones del culto durante su reinado, sin decirnos nada acerca de la opinión que de él tenían profetas como Jeremías y Ezequiel. Y aun admitiendo que el fallo de estos le fuera contrario, de lo cual nada sabemos, no sería sino la opinión de una corta minoría del pueblo.

(6) 2. Reyes, 23, 31; 24, 18.

de esta mision. Se muestra incapaz para refrenar á los improvisados funcionarios, que muy pronto adolecen de los mismos defectos y vicios, y en mayor escala aun que los antiguos (véase Ezeq., 22, 25; 27; 24, 6), y se adhiere á los propósitos de sacudir, así que se presente ocasion oportuna, el yugo babilónico mediante el auxilio de Egipto. Con buenas intenciones, pero tardío de resolucio y poco enérgico, fluctúa entre los partidos, cual débil caña al impulso del viento. Escucha los consejos de Jeremías, que le prescriben cuál debe ser su mision, pero no tiene valor para seguirlos; y finalmente, se convierte en mero instrumento del partido de la resistencia, que, confiando en la proteccion de Jehova y en la ayuda de Egipto, le arrastra á negar la obediencia á su señor. Ante el fanatismo de este partido ceden sus escrúpulos, y mira impasible cómo sus adeptos ahogan en sangre toda oposicion á sus planes (Ezeq., 7, 23; 8, 17; 9, 9; 11, 6). El Libro de los Reyes explica este desenlace diciendo que *la ira de Jehova fué contra Judá hasta echarle de su presencia.*

Pero mas funesto aun que la incapacidad y flaqueza de Sedecías, fué para los destinos del pueblo judaíta el que la voz de Jehova se fuera dividiendo cada dia mas, resultando oscura é incomprendible para el vulgo. La lucha que hasta allí habia sostenido Jeremías con la masa de los profetas, se recrudecia continuamente. A ella debemos el encontrarnos relativamente bien informados sobre el reinado de Sedecías. Son fuentes muy copiosas acerca de este reinado las predicciones de Jeremías que poseemos, y es asimismo dichosa coincidencia que nos hallemos por igual modo muy exactamente informados acerca de la situacion de los deportados en Babilonia. Entre estos ofició como profeta, en el mismo espíritu que Jeremías, el sacerdote Ezequiel, el cual nos ha dejado reseñadas sus visiones, sus pláticas, así particulares como pronunciadas ante el pueblo, y sus planes para el porvenir de éste; todo en un libro dispuesto con método, que como ningun otro esclarece el concepto de la profecía y de la ley, y con éste el de la historia de Israel y de la formacion del judaísmo (1).

Esta abundancia de datos no alcanza, sin embargo, á los primeros años del reinado de Sedecías, pues que sobre este período Jeremías nos dice muy poco (2) y nada nos refiere Ezequiel, el cual solo empezó á ejercer como profeta en julio de 592, seis años antes de la destruccion de Jerusalem.

Con Ezequiel aparece ahora en el campo de nuestra investigacion histórica la figura que mas descuella en la época del cautiverio y cuya influencia mas trascendió al desenvolvimiento posterior. Favorecido con visiones y predicando ante

(1) Como los posteriores, extremando cada vez mas los principios sentados por Ezequiel, llegaron á rebasar los límites de sus prescripciones, se originaron contradicciones entre el libro de Ezequiel y la legislación posterior, preparada, sin embargo, por el mismo profeta; contradicciones que dificultaron mucho á los judíos posteriores al cautiverio reconocer á Ezequiel como profeta ortodoxo y su libro como fuente de revelacion divina. Por eso fué muy disputada hasta el cierre definitivo del cánon del Antiguo Testamento, su inclusion en éste. De ahí proviene que su libro haya quedado relativamente libre de las reformas expuestas en las primeras páginas de esta obra si bien no deja de contener algunas pequeñas adiciones y retoques. Los que hubiesen podido tener interés en hacer en él modificaciones de alguna importancia, se habian retirado por antagonismo de principios, dado el cual no habia motivo para tales correcciones parciales. Mas por otro lado, efecto de esas caviloidades ha sido que el texto del libro de Ezequiel está muy mal transmitido, peor que ningun otro del Antiguo Testamento. Cuánto puede influir la canonizacion en la mas exacta transmision del texto, lo demuestra, con mayor claridad aun que el estado actual del texto del libro de Ezequiel, el del Talmud, comparado, si se quiere, con el del Pentateuco.

(2) Me parece muy dudosa la noticia que consigna Jer., 51, 59, del viaje hecho por Sedecías á Babilonia, en el cuarto año de su reinado. El desenvolvimiento posterior de la literatura nos enseña que en tales cosas se usaba de alguna libertad.

el pueblo, como los profetas, imperan en él, sin embargo, los instintos propios de su origen sacerdotal. Caracterizante marcadamente las palabras con que, horrorizado ante el mandato de Dios de comer pan cocido con estiércol de hombre, procura excusarse de su cumplimiento (4, 14): *¡Ah, Señor Jehova! Hé aquí que mi alma no es inmunda, ni nunca hasta este tiempo comí cosa mortecina ni despedazada, ni en mi boca entró carne inmunda.* Enseñar al pueblo á distinguir entre santo y profano, y entre limpio é inmundo, es para él uno de los primeros deberes de todo buen sacerdote (22, 26; 44, 23). Como tal y celoso pastor de almas, exhorta y predica individualmente á los deportados para salvarles de la perdicion. Se ha impuesto la tarea de familiarizar á su pueblo con la idea de que la ruina del Estado nacional habia sido inevitable y un castigo dictado por Jehova, por los grandes pecados de otros tiempos contra el culto, así como por la degeneracion moral y religiosa de los vivientes. Así deja cumplida una parte principal de la mision de la profecía. Su predicacion facilita el rompimiento con el pasado, la renuncia á sus ideales y la aceptacion del concepto profético de Israel y de los deberes y aspiraciones de este pueblo. Pero el convertir en ley fundamental las prescripciones de la profecía, relacionándolas con el Deuteronomio, y el intimar á su pueblo que se someta á ella, para recobrar la gracia de Jehova ó á lo menos conservar perdurablemente la que de nuevo le ha sido otorgada, constituye el paso de la profecía á la codificacion de la época del cautiverio y al judaísmo de la época siguiente. Hásele llamado el padre del judaísmo, y está bien que se le dé este título, pero sin olvidar el enlace con el Deuteronomio y la sujecion á las ideas de la profecía. En Ezequiel se observa tambien el caso, tan frecuente en la historia, de aparecer como personajes mas principales los que han sabido formular con precision las ideas por otros pensadas, y aplicarlas debidamente al uso de la vida. De esta significacion de Ezequiel como precursor del judaísmo posterior al cautiverio, hemos de tratar todavía detenidamente.

Las predicciones de Ezequiel correspondientes al período entre 592 y la destruccion de Jerusalem, nos dan una idea muy completa de las vicisitudes de Israel durante este período. No solo nos representan los sentimientos é ideas que animaban á los deportados y nos describen la vida de estos y el efecto repercusivo que en su modo de pensar y obrar ejercian los sucesos que se desarrollaban en Jerusalem, sino que nos dan tambien valiosas noticias acerca de la situacion y los habitantes de la antigua capital judaíta, ya que existian comunicaciones muy frecuentes, por medio de cartas y mensajes por boca de viajeros, entre Jerusalem y los deportados, y que estos, como es de suponer, seguian con el mas vivo interés el curso de los acontecimientos en la patria. Sin embargo, al hacer uso de estas noticias no hemos de olvidar que su redaccion, tal como aparece hoy, es posterior á la destruccion de Jerusalem, y que por lo mismo es muy posible tambien que en su contenido haya ejercido alguna influencia aquel suceso.

De Jeremías poseemos tambien un oráculo de los primeros tiempos de Sedecías (3). Mucho mas abundantes son los

(3) Cap. 22-24, en los cuales se expone la culpa que la casa real y los profetas tuvieron en la catástrofe del año 597, por mas que el capítulo 23 tenga señales de haber sido reformado en concordancia con los sucesos del año 586. Es muy dudoso si el cap. 27 corresponde tambien á época anterior á 592. No hay que hacer caso de la introduccion en 27, 1, que da por fecha al oráculo el principio del reinado de Joaquin, pues es tan apócrifa como sus similares 28, 1 (véase LXX) y 49, 34. Los versículos 27, 3, 12 y 20 son demostracion palmaria de ello. Mas á causa del 28, 1 y 49, 34, no es fácil la enmienda en el principio del reinado de Sedecías, en lugar de: *En el principio del reinado de Joaquin.* Resulta, pues, como hipótesis mas probable, que el cap. 27 corresponde

datos que nos proporciona este profeta acerca de la época de la rebelion de Sedecías, sitio y destruccion de Jerusalem.

Segun estos datos, los once años del reinado de Sedecías fueron de gran agitacion interior. Ni los que habian quedado en Jerusalem, ni los deportados á Babilonia saben acomodarse á las circunstancias de su nueva situacion, y se rebelan con la antigua terquedad nacional contra la suerte que les ha sido impuesta. En Jerusalem domina la tendencia á interpretar la humillacion sufrida en 597 en el sentido de que ya se habia desfogado la ira de Jehova contra su pueblo, y que con la deportacion quedaban castigados los culpables y seguros los que permanecian en Jerusalem. Jeremías combate esta ofuscacion en las visiones de que nos da cuenta el cap. 24. Reconviene á los que han quedado en el país porque están mucho mas corrompidos y llenos de pecados que los transportados á Babilonia por Nabucodonosor, y les anuncia que tendrán nuevos castigos y perderán su tierra, mientras que con los deportados se formará Dios otro pueblo. Que el cautiverio habia de tener pronto término y que no tardarian en volver á la patria Joachin y sus compañeros de infortunio, era tambien conviccion íntima de los que habian quedado en la Palestina y un postulado de su fe religiosa; porque si estaba ya satisfecha la cólera de Jehova, no podia durar la sujecion de Judá al yugo de los babilonios. Además Nabucodonosor habia puesto sus manos en el ungido de Jehova y saqueado el templo de Jehova y con esto excitado su cólera. Por tanto, se esperaba en Jerusalem el próximo derrumbamiento del poderío babilónico, y con él la propia liberacion; y partiendo de este punto de vista, los profetas, hondamente heridos en sus sentimientos religiosos por los sucesos del año 597, no cesaban de predecir así en Jerusalem como en Babilonia la próxima caida de Nabucodonosor.

Semejante evangelio era escuchado con simpatía por los deportados. No es posible conformarse con pasar toda la vida en el país inmundo. Espérase volver muy pronto á la patria, recobrar las antiguas dignidades y la propiedad perdida. Solo desdén se sentia hácia los nuevos señores de Jerusalem y hácia el Estado que representaban. Aquello no era ya el antiguo Estado. Si Jerusalem habia debido entregarse á Nabucodonosor, era evidente que Jehova no estaba ya en el templo, y que el vasallo Sedecías no era sucesor legitimo de los daviditas. Al marchar de Jerusalem los deportados se vieron obligados, segun parece, á vender á cualquier precio sus propiedades. Esto produjo la impresion de haber sido engañados, sacando provecho los compradores de la desgracia de sus hermanos. Además, parece que en muchos casos hubieron de concederse plazos á los adquirentes, con pocos medios de fortuna, para satisfacer el precio de compra, y que no se pagaron con toda honradez las obligaciones contraidas, abusando de la situacion forzada en que se hallaban los deportados, á los cuales miraban con suprema arrogancia los que sé creían conservados en el país por la voluntad de Jehova. Se comprende que semejante proceder engendrara el odio y desprecio de los desterrados, y Ezequiel refleja tambien estos sentimientos. A los de Jerusalem que dicen de sus hermanos deportados (11, 15): *Se han alejado de Jehova y á nosotros es dada la tierra en posesion,* predice su total destruccion, en castigo de sus pecados, y consuela á sus compañeros de infortunio con el futuro regreso á la tierra de sus padres. Considera, asimismo, que ha acabado el reino con el destronamiento de Joachin (cap. 17). El cogollo del cedro del

á las postrimerías de Sedecías, poco antes de rebelarse éste contra Nabucodonosor. Atribuirlo, á causa de su relacion con cap. 28 y basándose en la indicacion de 28, 1, al 4.º año de Sedecías, no es posible tampoco, porque esta indicacion de fecha, que por otra parte contiene una contradiccion, es errónea seguramente.

Líbano (Joachin) ha sido arrancado por la grande águila (Nabucodonosor) y llevado á Babilonia; en su lugar se ha plantado una vid (el reino de Sedecías) que extiende sus ramas hácia Babilonia. Cree Ezequiel igualmente que Jehova ha abandonado la ciudad.

En verdad, que en vista del espantoso desorden que imperaba en Jerusalem bajo el nuevo gobierno, tan torpe como arbitrario, los deportados podian muy bien considerarse mejores que los que habian quedado y, por lo mismo, creer que habian sido inmerecidamente castigados. Para Ezequiel es Jerusalem una ciudad bañada en sangre. Parece que el partido que preparaba la rebelion contra Babilonia, á cuyas manos habia ido á parar el gobierno, sofocaba toda oposicion por medio de las mas violentas medidas, y que por otra parte tambien los funcionarios se dedicaban á la explotacion de sus cargos, abuso contra el cual habian clamado todos los profetas desde Amós. Hemos de suponer, además, que el cambio de posesion del año 597 no se llevaria á cabo sin procedimientos violentos, ni dejaria de acarrearlos despues. A estos pecados ha de añadirse la extension con que se propagaban otra vez los cultos ajenos, por las razones expuestas en las páginas anteriores. En el mismo templo de Jerusalem vuelven á celebrarse estos cultos, y muy particularmente el asirio-babilónico. Allí las mujeres veneran á Tammus, y en el átrio se adora al sol naciente con las espaldas vueltas al altar y á la casa de Jehova (Ezeq., cap. 8) (1). Esto era consecuencia natural de los sucesos del año 597. El vencimiento y el destierro de Joachin contribuyeron en mucho mayor grado aun que los hechos anteriores á quebrantar la fe en Jehova, de todos aquellos que ni veían, como los adeptos de Jeremías y Ezequiel, en las desgracias nacionales la mano del justiciero Jehova, ni tampoco se atrevian á confiar en su próximo auxilio, como los falsos profetas y la mayoría del pueblo. Ya que Jehova no solo habia permitido que sucumbiera Josías y que el Estado se convirtiera en vasallo de extranjeros y de sus dioses, sino que tambien habia mirado tranquilamente cómo su ungido se sometia á Nabucodonosor y cómo éste saqueaba su templo, estaba demostrado que era impotente en frente de los dioses del vencedor ó que habia abandonado á su pueblo y ayudado á los babilonios. Que Jehova ha abandonado su país, es la conviccion de los que se han pasado al culto de otros dioses, y así se explica este cambio de religion (Ezeq., 8, 12; 9, 9). Mas el quebrantamiento de la fe heredada de los padres trae tambien en pos de sí el relajamiento de las costumbres transmitidas por ellos. Si la descripcion de Ezequiel (véase sobre todo cap. 22) merece ser creida, demuestra, aun involucrando, como lo hace, los pecados del pasado con los del presente, que todas las clases estaban contaminadas de vicios de la peor especie. Divididos como estaban los profetas entre sí, no podian ejercer accion moralizadora en el pueblo. Además, muchos de los que eran adversarios de Jeremías y sus adeptos, daban el mas vergonzoso ejemplo (Jer., 29, 21 y siguientes); lo cual no es extraño dado el concepto de Dios de que arrancaban sus ideas. En cuanto á los que, como la mayoría de los profetas, esperaban que Jehova no tardaria en tomar venganza de los babilonios, por lo mismo que, viviendo en esta creencia, ignoraban el verdadero concepto profético del modo de ser de Jehova y veían defraudada una y otra vez su esperanza, estaban mas expuestos todavía á dejarse seducir por el culto de otros dioses. Es posible tambien que algunos vacilaran entre una y otra corriente, y que se inclinasen ora á la fe en Jehova, ora al culto de los dioses ajenos.

(1) No es fácil determinar exactamente lo qué era la imagen del celo, que menciona Ezequiel en dicho capítulo, ni tampoco el carácter de los ídolos en forma de animales que se adoraban en las cámaras laterales.